

Luis Alberto Álvarez, 15 años después

Del celuloide como paraíso

Juan Carlos González A.

Me sigue pasando. Han transcurrido quince años de la muerte de Luis Alberto Álvarez y sin embargo sus palabras me continúan nutriendo. Recuerdo que Billy Wilder, cuando quería introducir en una escena una idea sofisticada e ingeniosa, se preguntaba: “¿Cómo lo habría hecho Lubitsch?”, en referencia a su maestro, el genial y elegante director berlinés. Algo así —y perdonen la comparación con semejantes creadores— me pasa. Cuando me enfrento a la hoja en blanco (que ya es la pantalla de un computador) y voy a escribir sobre cine, en ocasiones pienso: “¿Cómo lo habría escrito Luis Alberto?”, y hasta lamento que no sea él quien esté a cargo de escribir ese futuro texto y poder luego leerlo y seguir aprendiendo de él como hice por tantos años. Sin embargo, tengo una alternativa que puede serle útil al futuro crítico de cine: busco los tres volúmenes de *Páginas de cine* y leo algunas de sus reseñas. Me maravillo —como siempre— de la contundencia de sus conceptos, de su erudición frente al cine clásico, de su capacidad de integrar el cine a las otras artes, con una fluidez que habla por sí sola de su brillantez mental. Así me inspiro. Leyéndolo. Luego vuelvo a la hoja en blanco, respiro hondo y empiezo. Ya lo que sigue de ahí en adelante es mío. Ese es el mejor homenaje que le puedo hacer a mi maestro: desarrollar un estilo y una voz propia tras las cuales se alcance a notar que fui tocado por su ejemplo. Como yo, somos varios los que estamos parados en los hombros de un gigante.

Uno que un día nos dijo adiós y que ya no nos acompaña. Pero su recuerdo y sus escritos sí. Es más, parecen continuar latiendo por él, en reemplazo de ese corazón que un día de mayo le falló. Yo sé que Luis Alberto fue un ser magistral en muchos campos de la cultura y del espíritu, pero para mí será siempre el enorme crítico de cine que tanto admiré y de quien aprendí este

oficio, gracias a sus palabras y a sus consejos. Sus extensos artículos en *El Colombiano*, y luego la creación de *Kinetoscopio*, hace 21 años, fueron escuela y refugio permanente para todos los que queríamos saber un poco más del misterio feliz que representa una película. A los lectores de los críticos de cine de hoy no podría caberles en la cabeza que un periódico destinara una página dominical entera para hablar con seriedad de cine, y no como ahora, que prefieren otorgársela a la farándula y a los chismes banales. Pero ese era el espacio de Luis Alberto en *El Colombiano*, ese era el respeto que se merecía. Muchos de esos artículos y otros más publicados en *Kinetoscopio* fueron recogidos en *Páginas de cine*. El cine colombiano, el latinoamericano, la historia, el cine europeo y el norteamericano, los obituarios, las traducciones de entrevistas, la reseña de ciclos itinerantes, todo cabía en su cabeza cinéfila. En él todo era rigor y sensibilidad, hermosa mezcla con la que nos cautivaba.

Se los dije ya: sigo leyendo con disciplinada frecuencia sus textos y no deja de sorprenderme y maravillarme su absoluta vigencia. Ocurre que veo una película clásica que no había visto previamente y de la que sé que Luis Alberto escribió un texto hace, digamos, 25 años. Busco el artículo y lo leo. ¡Las palabras de Luis Alberto me hablan desde la distancia que dan los años, pero como si hubiera escrito el texto ayer! Su lenguaje —siempre tan claro— es moderno, sus puntos de vista son actuales, su posición crítica es imbatible, su emoción es sincera: él veía en el celuloide aquel paraíso del que su fe le hablaba, y quería que todos fuéramos a parar allá. Me pregunto con cuántos autores de la llamada “no ficción” pasa esto. El tiempo destiñe los argumentos, las posturas, el lenguaje mismo. Con Luis Alberto no. Sigue estando vivo, sigue siendo manantial del cual beber. ¡Qué fortuna! ■